

Brian W. Aldiss
BANG, BANG
y Donde las líneas
convergen

«Un elocuente símbolo de todo lo que de temible alberga nuestro subconsciente.» – *Sunday Times*

«Una refinada fábula punk... un vigoroso híbrido.» – *The Observer*



Barry y Tom, dos hermanos siameses con una tercera cabeza, durmiente pero siniestra, que surge del hombro izquierdo de Barry, viven apartados del mundo junto con su padre y su hermana, en un desolado paraje de la costa inglesa. A raíz del interés que su peculiaridad despierta en un empresario del mundo del espectáculo, la turbulenta relación que los dos hermanos mantienen y su demoníaca violencia son encauzadas en la formación y posterior trayectoria triunfal de un grupo de rock, los *Bang-Bang*.

Enzarzados en las celosas batallas que libran por su amante compartida, los nuevos astros llegan casi a olvidar a su silencioso compañero, pero no ocurrirá así con éste. Barry y Tom nunca dejarán de ser los hermanos de la cabeza.

BANG, BANG

Introducción de Roberta Howe

Este volumen es un recuerdo a la desdichada vida de mis hermanos, a su extraña y frustrada vida dual. Aunque acabó en asesinato, y mucha gente a quien le gusta pronunciarse sobre tales hechos ha dicho que toda su existencia fue una forma lenta de asesinato, vivieron épocas más felices. No es tarea fácil para ninguno de nosotros sopesar el equilibrio entre alegría y tristeza que pueda darse en la vida de otro, ni siquiera en la de alguien tan próximo como mis hermanos lo eran para mí. Tal vez al hacernos mayores deberíamos dejar de preocuparnos tanto por juzgar tales cosas y dedicarnos sencillamente a arrimar el hombro.

Cuando Tom y Barry eran todavía unos chiquillos, no se daban cuenta de que eran distintos a todos los demás niños. Todo resultaba para ellos igual de extraño y lo aceptaban sin preguntar. Nuestro padre nos llevó a vivir a L'Étrange Head cuando nuestra madre murió; entonces yo tenía tan sólo tres años de edad y mis hermanos no eran más que unos bebés. Como niños que éramos, nos sentíamos completamente a nuestras anchas en aquellos agrestes parajes. Nos encantaba este hermoso lugar, en el que yo aún permanezco. Agradezco a mis hermanos que volvieran aquí al final, antes de que fuera representado el último acto de su tragedia.

Gracias a las enseñanzas de mi padre, sabíamos los nombres de todas las plantas que crecían en los alrededores. En las marismas, donde las mareas bañan regularmente la tierra, crece una planta llamada zosterá marina. La zosterá suele quedar sumergida en el mar durante largos períodos.

dos. Puede llegar incluso a florecer en tales condiciones, pues la naturaleza ha dispuesto que su polen pueda propagarse por el agua. Con frecuencia relaciono a esta humilde planta con mis hermanos muertos. Ellos también tuvieron su floración, por más sumergida que ésta fuera.

Nadie puede negar que nuestra familia, los Howe, y nuestros vecinos de la costa tenían a los pobres Tom y Barry por un estigma, un monstruo de la naturaleza. A mis hermanos, pobres chiquillos inocentes, nunca se les perdonó del todo que mi madre —persona muy querida por todos— muriera al darles a luz. En la cumbre de su fama, cuando eran universalmente populares, la hostilidad se tornó orgullo. Pero no hubo preocupación real por su terrible situación y, cuando el fin llegó, de vuelta vino la vieja desgracia. Desde entonces inútil es negarlo, he vivido en el ostracismo.

Laura Ashworth, que desempeñó un papel muy positivo en la vida de Tom y Barry, diría tal vez que la única vergüenza residía en sentir vergüenza en una época culta e ilustrada como la nuestra. Pero debe recordarse que vivimos en un lugar remoto y apartado, y que los Howe tienen su origen aquí. Pocas cosas han cambiado en la costa de la que L'Étrange Head forma parte. En realidad ha habido más retroceso que progreso, pues mi tía Hetty me ha contado que Deepdale Staithe era un hermoso puerto en su juventud, hasta que el canal se cegó. A un barco de grano le sería imposible navegar ahora.

Naturalmente, con las vidas de mis hermanos siempre junto a mí, por así decirlo, aún me desgarran la emoción cuando me dejo embargar por ella. Yo no podía escribir la historia por mí misma, y no sólo por la intensidad de los sentimientos que en mí suscita sino también debido a mi incapacidad como escritora, de modo que me he limitado a reunir lo dicho por los demás implicados en el drama.

Revisando las páginas que resultan, no puedo por menos que concluir que Tom podría haber llegado a ser un

hombre feliz de no ser por el último giro de la fatalidad. Tenía aún toda la vida por delante. En cuanto a Barry..., había en él mucho más que la ira y la violencia en las que tanta gente ha insistido. Barry odiaba su suerte aún más que Tom; pero el odio no era de ningún modo el único rasgo de su naturaleza.

En cuanto a «el otro»... Mi horror ha quedado atrás, y pienso en ello como en otro barco de grano que nunca llegó a zarpar. El canal de «el otro» hacia el mar se cegó antes de llegar a serlo. La lástima parece más apropiada que el temor o la vergüenza.

Desde aquí quisiera dar las gracias a todos los que han contribuido a la narración, con especial reconocimiento a Laura Ashworth por su consejo y al señor Henry Couling por la ayuda económica prestada. Agradezco a Paul Day que me haya permitido publicar extractos de sus canciones.

Tengo también que agradecer a John James Loomis de la *Canadian Broadcasting Authority* el que me haya permitido incluir parte de la entrevista efectuada en relación con la biografía de mis hermanos que realizó para la televisión, *Bang Bang, sois mortíferos*.

1

Relato de Henry Couling

Soy uno de los socios de Beauchamp-Fielding Asociados, un bufete de abogados de Londres que ha logrado establecer una muy estimable conexión con lo que habitualmente se conoce como el «mundo pop», es decir, que se ocupa de los problemas legales y de gestión relacionados con la explotación de la música ligera y de la gente joven. Mi primer encuentro con los gemelos Howe, Barry y Tom, llegó como resultado de dicha conexión. Yo intervenía en representación de Bedderwick Walker Entertainments.

Dado que los hermanos Howe representaban un caso un tanto especial, yo había accedido a verlos —y particularmente a su padre y tutor legal— en persona. Tomé un tren interurbano en King's Cross con destino a Lynn, donde un coche me esperaba para llevarme a Deepdale Staithe, una aldea situada en la costa septentrional de Norfolk. Es ésa una región desolada. En los siglos que esas islas llevan pobladas, la civilización apenas ha logrado arraigar allí. No hay duda de que la permanente actividad del viento de levante tiene mucho que ver con dicha situación; sólo un imbécil vacilaría en salir a escape hacia la ciudad más próxima.

El punto más desapacible de este tramo de costa es presumiblemente L'Étrange Head, un accidente geográfico situado entre las estaciones veraniegas de Hunstanton y Sheringham. No es ni un verdadero cabo ni una verdadera isla. Para determinar su calificación geográfica ante la ley,

habría que decidir si su desconcertante sistema de marismas, caletas y riachuelos lo unen o lo separan de la costa.

No había entonces, e imagino que sigue sin haberlo, camino alguno por el que llegar en coche a L'Étrange Head. Los senderos que parten de la carretera que une Deepdale Staithe con Deepdale Norton, para serpentear por la marisma de Deepdale y las de Overy, se desvanecen en el cenagal, o en los diques construidos tiempo atrás para contener las inundaciones con que la pleamar amenaza perpetuamente a esta infortunada franja costera. Me imagino que el atrincheramiento es algo tan arraigado en las gentes del lugar que su iniciativa puede dar para diques, pero en ningún caso para calzadas.

Sea como fuere, un frío día de abril me encontré retenido en Deepdale Staithe durante media hora, mientras mi chófer convencía a un lugareño llamado Stebbings de que me llevara en barca a L'Étrange Head, donde la familia Howe tenía su residencia.

Stebbing era lo que podría definirse como todo un carácter. Era un hombre joven —aún no habría cumplido los veinte años— y no poco atractivo, con rala barba bermeja y la costumbre de no mirarte nunca a los ojos. Gobernaba su bote y manejaba el ruidoso motor con aire indiferente. Durante toda la travesía insistió en hablarme en el dialecto local. Yo apenas le escuchaba, ocupado como estaba en arrebujarme en mi abrigo y en esforzarme por mantener el calor. El viento llegaba helado del mar del Norte.

Tomamos un sinuoso canal que, según Stebbings, se llamaba El Paso. La marea baja nos hizo avanzar entre barrizales durante el primer trecho del recorrido. Así llegamos a las aguas del puerto y de ahí nos adentramos en piélagos más abiertos. La vista a todo nuestro alrededor era desolada en extremo. Pude distinguir un par de molinos de viento que se alzaban sobre las extensiones de hierba y cañas, pero entonces los ojos comenzaron a llorarme y me resigné a esperar. El movimiento de la barca hizo que me mareara.

Finalmente, Stebbings —que me había obsequiado nombrando cuanto pájaro cruzaba volando sobre nuestras cabezas— aminoró la marcha al acercarse a una playa que llamó Cockle Bight. Una corta pasarela de tablones hacía las veces de muelle. Me ayudó a desembarcar.

—He oído que va usted a comprarle los chicos al viejo Howe —dijo.

—Supongo que medio Deepdale Staithe conoce ya mi negocio, puesto que aquí no puede haber nada más de qué hablar.

—Un negocio repulsivo, si quiere mi opinión.

—No le he pedido su opinión, señor Stebbings. Gracias por traerme, de todos modos.

No dijo nada a eso, apartando la vista de mí. Le pregunté cómo llegar a casa de los Howe y señaló un pequeño bulto que aparecía en la distancia. Experimenté una ligera aprensión; le hice renovar su promesa de volver por mí en dos horas, antes de que las aguas de creciente demostraran ser un obstáculo demasiado formidable para su motor. Entonces hizo virar su bote y enfiló de vuelta a Deepdale Staithe agitando alegremente el brazo en señal de despedida. Me quedé solo en la playa.

L'Strange Head era un lugar solitario, hecho de arena y guijarros, escasamente cubierto de vegetación, abierto a toda inclemencia que los cielos decidieran enviar sobre él. Era difícil imaginar por qué nadie desearía vivir ahí, pero imaginar no era mi trabajo. Los negocios me habían traído y los negocios me llevarían de vuelta.

Cockle Bight era una amplia bahía arenosa en forma de media luna que daba paso a una extensión de dunas bajas y grises. Bajé la vista y contemplé los guijarros y piedras que cubrían el suelo. Todos tenían, en la parte orientada a poniente, un diminuto abanico de arena, donde unos pocos granos habían encontrado resguardo del viento imperante. Ese mismo viento silbaba en mis oídos. Por todas partes había agua y tierra baja, divididos ambos elementos

por franjas de arena o de cañas. Las cañas se hallaban siempre en movimiento. Apenas lograba distinguirse Deepdale Staithe a través de tierra y agua. Hacia un lado y enfrente se extendía el mar abierto, el inhóspito mar del Norte. Eché una mirada hacia aquella inmensidad y me puse en camino hacia la casa de Howe, cerrándome las solapas del abrigo alrededor del cuello.

Cientos de charranes alzaron el vuelo en círculos desde una laguna oculta, pusieron rumbo al mar y desaparecieron. L'Éstrange Head es un refugio ornitológico, preservado por el National Trust. Albert Howe es su guarda. No pude encontrar una sola mancha en su hoja de servicios. El suyo es un trabajo para los que prefieren llevar una vida solitaria, o tienen razones para desear evitar a la gente.

Charranes y gaviotas eran los únicos signos de vida. Ascendí entonces por una franja de dunas y vi a dos muchachos luchando a cierta distancia. Trabados, se alzaban sobre la hierba ondulante, recortadas sus siluetas contra las aguas de Deepdale Bay. Se golpeaban mutuamente con concentración.

Me detuve. El aislamiento confería a su violencia una cualidad sobrenatural. Al ponerme en marcha de nuevo, las oscuras siluetas se tambalearon y desaparecieron en un mar de hierba.

Al llegar a esta desolada Cabeza^[1], uno no ve más que una llana y desordenada extensión de tierra, inundada en su mayor parte por el mar del Norte. No obstante, un paseo por ella proporciona una imagen diferente. Yo estaba siguiendo un sendero casi imperceptible que ascendía y descendía a través de montículos y depresiones de muy poca altura y profundidad; me hallaba rodeado de un mundo de valles en miniatura, estrechos promontorios, peñascos diminutos y hondonadas secretas. Dunas de arena amarilla y gris, escasamente cubiertas de vegetación, marchaban hacia el horizonte. Estas características habían sido conformadas más por las fuerzas del viento y del agua que

por el propio terreno pasivo, tal como el hueso cobra forma debido a la presión de los tendones y de la sangre.

Para salvar una depresión, tuve que saltar por encima de un arroyo arcilloso y trepar por una pendiente. Ahí estaban los dos muchachos, luchando en una hondonada, casi bajo mis pies.

Debido al constante rumor del viento, del agua y de las cañas, yo no había oído un solo ruido que procediera de ellos. Desconcertado, bajé la vista hacia donde yacían, luchando sin descanso con odio maquinal.

Tendrían unos dieciséis años de edad. Eran de constitución similar, robustos, de anchas espaldas, y vestían igual: llevaban los indefinibles pantalones vaqueros que por aquel entonces constituían la moda imperante entre los jóvenes de ambos sexos, y jerseys de lana. A pesar del frío reinante, iban descalzos.

La gran diferencia entre ambos estribaba en sus rostros. El muchacho que se debatía con la espalda pegada al suelo era de cabello claro y rostro alargado. Tenía la cara enrojecida por el esfuerzo y uno de los ojos medio cerrado a causa de un puñetazo, de modo que pareció mirarme con una expresión que en los tribunales se habría calificado de «malévola». Llevaba las mejillas manchadas de polvo y lágrimas y el cabello lleno de arena.

Su hermano tenía el cabello negro y erizado. Su rostro era redondeado, incluso rechoncho, sus cejas bajas y la boca expresiva y lisa en contraste con sus mejillas. También me miró con cara de pocos amigos. Advertí inmediatamente que tenía una deformidad, una segunda cabeza que surgía de su hombro izquierdo.

Aquellos eran los hermanos Howe, Tom y Barry.

—Hola —dije—. He venido a buscaros.

Me dirigieron miradas idénticamente hoscas, poniéndose de pie de un salto con notable agilidad. Por un momento pensé que iban a atacarme, al alzarse desafiantes frente

a mí. Pero se volvieron como un solo hombre, trabados aún, y se alejaron brincando a través de las dunas.

Entonces pude apreciar claramente que eran uno, unidos inseparablemente en su mitad, tal como mi cliente había afirmado.

Me quedé observando como se alejaban, asiéndome la garganta, azorado por habérmelos encontrado tan de repente. Se dirigían hacia el apiñamiento de construcciones bajas que Stebbings me había indicado, distante entonces unos ochocientos metros.

No había nada que hacer excepto seguirles, avanzando por la senda que ahora discurría a través de un césped recortado por los conejos.

Al acercarme a los edificios, llegué junto a un pedazo de tierra que alguien había intentado en cierto momento poner en producción. Unos cuantos tronchos de calabaza constituían la suma total de su cultivo. Siguiéron a ésta otras pobres muestras de la vida rural: un viejo bote estropeado, puesto del revés en el suelo, nasas para pescar langosta abandonadas, un cobertizo derrumbado y un cercado que contenía un arriate y un gallinero con varias gallinas. Más allá se alzaba la casa y otra edificación.

La casa estaba construida en ladrillo estucado hasta el nivel de las ventanas y de yeso y listón a partir del mismo. Uno de sus lados aparecía pintado con brea o betún y apuntalado con una viga. La impresión general era de desmoronamiento.

El sol de la tarde convertía las ventanas en cristales opacos. Era una casa de aspecto ruinoso. La pintura se había desprendido tiempo atrás del porche, de la puerta y de los marcos de las ventanas.

Una singularidad del lugar era que la casa había sido construida directamente al sur de unas ruinas, de tal forma que las ventanas principales de aquélla no gozaban de vista alguna al mar. Era de suponer que el constructor había tratado de protegerla de aquellos temporales que, proceden-

tes del mar, azotaban aquella costa con especial violencia. En los mapas del Servicio Topográfico del Ejército, las ruinas figuraban con el nombre de L'Étrange Abbey.

Casi en el mismo instante en que llamé a la puerta, ésta se abrió y apareció la cabeza de un hombre.

—Diga.

—Soy Henry Couling, de Beauchamp-Fielding Asociados. Estaba usted esperándome.

—Será mejor que entre.

Ni su cara ni su voz superaron por mucho en expresión a los cristales de las ventanas de su casa. No me había dicho su nombre, pero desde el primer momento se hizo evidente que era Albert Howe. Recién entrado en los cincuenta, Howe era un hombre enjuto que sugería al mismo tiempo fuerza física. La piel de su rostro era morena y curtida, y el color de su escaso cabello, castaño. Su indumentaria consistía en una camisa caqui con una holgada chaqueta de cuero encima, pantalones de montar de sarga manchados y un par de botas de hechura vagamente militar.

Se hizo a un lado para dejarme entrar. No era exactamente una bienvenida, pero me alegré de escapar del viento. La puerta se abría directamente a una sala de estar en la que ardía un fuego de maderos recogidos en la playa. Tan alentadora fue aquella visión que inmediatamente crucé la estancia hasta el hogar y me agaché para calentarme las manos.

—¿Siempre hace este frío en L'Étrange Head? —pregunté, levantando la vista hacia él, que permanecía junto a la puerta. Atontado, pensé.

—No hace tan mal tiempo hoy —dijo—. Esta mañana hemos oído al cuclillo a través de las marismas.

Hizo un ademán con la cabeza para indicar la dirección de las marismas a las que se refería.

La suya era una sala de estar melancólica. Las ruinas de la abadía proyectaban permanentemente sombras sobre ella. Por encima de nuestras cabezas lucía una bombilla

que resaltaba con enfermizo detalle los rasgos y formas de las aves y pequeños mamíferos que cubrían las paredes. Unas toscas estanterías albergaban los disecados recuerdos del mundo viviente exterior; ojos muertos refulgían en todas partes. En un rincón se alzaba una librería notablemente cargada. Mesa, sillas y dos viejos y maltrechos sillones completaban el mobiliario. A la habitación le faltaba, como suele decirse, un toque femenino; a pesar del fuego era fría y húmeda, y olía a algas pasadas, como si la marea hubiera llegado a crecer más allá del umbral de la puerta, suposición que, reflexionando, consideré no poco probable.

A un lado quedaba la cocina, cuya puerta permanecía medio abierta. Un perro ladró en su interior como si, atado, no tuviera esperanzas de mejorar su situación. Miré en su dirección, para encontrarme con dos pares de ojos observándome; dos cabezas fueron retiradas inmediatamente.

Al ponerme en pie, vi sobre la mesa una rebanada de pan y los restos de una exigua comida, junto con un ave marina muerta. El pájaro yacía extendido sobre una tabla, con las alas desplegadas y sujetas con cinta adhesiva y la molleja abierta de un tajo.

Howe vino caminando desgarradamente desde la puerta y se sentó a la mesa, donde procedió a terminar el revoltillo de pan, queso y pepinillos que tenía en el plato. Como tomando conciencia de que pudiera haber cierta falta de refinamiento en lo que estaba haciendo, levantó la vista hacia mí unos instantes e hizo un ademán con la cabeza, aunado a un esbozo de sonrisa y a un guiño, como queriendo decir «Yo soy así».

—Supongo que es usted el señor Albert Howe —dije, irguiéndome—, único progenitor superviviente de los hermanos Thomas y Barry Howe.

—Tom y Barry, así es. Los gemelos. Supongo que le apetecerá una taza de té. ¡Robbie! ¡Té!

A esta última llamada respondió como un eco un rumor de actividad en la cocina, y al cabo apareció una muchacha

con una gran tetera marrón. Dejándola sobre la mesa, sirvió un tazón y tímidamente me lo ofreció.

Era una joven hermosa, de una hermosura rústica, con grandes ojos de color avellana y una tez tan morena como la de su padre. Tenía una abundante cabellera que le colgaba entre los omóplatos, recogida en una anticuada trenza. De figura bien formada, juzgué que contaría unos veinte años de edad.

Había menos hostilidad en su mirada que en la de su padre. Al aceptar yo el tazón de té y sentarme a la mesa, sin que me hubieran invitado, junto al ave empalada, dijo ella:

—De modo que usted es el abogado que ha venido a llevarse a mis hermanos.

Di unos golpecitos sobre el portafolio que había traído conmigo.

—Actúo en representación de Bedderwick Walker Entertainments, con quien su padre desea llegar a un acuerdo, según tengo entendido. Señor Howe, traigo aquí una copia del contrato y me alegraré de ponerle al corriente de su contenido. Podemos examinarlo cláusula por cláusula, si así lo desea, siempre que pueda reunirme con Stebbings en el embarcadero dentro de unas dos horas aproximadamente.

Howe se metió en la boca todo lo que le quedaba en el plato de aquella masa, masticó durante unos instantes y luego dijo:

—Te he dicho mil veces, Robbie, que lo hago por su bien. Los chicos no pueden pasarse la vida holgazaneando por aquí, ahora que ya son mayores.

—Eso es muy cierto —dije, al tiempo que abría el portafolios—. El contrato les garantiza a usted y a sus hijos un sustancioso salario mensual durante un período de tres años. Dicho contrato otorga a Bedderwick Walker la opción de renovarlo por dos años más, en cuyo caso los nuevos honorarios quedarían sujetos a negociación. Teniendo en cuenta que Bedderwick Walker invertirá una considerable